

DORA BARRANCOS

por Adriana Valobra



El día que conocí personalmente a Dora Barrancos tenía, apenas, algunas intuiciones sobre ella. Había leído su capítulo en la historia de la vida privada y había quedado prendada del modo en que lograba plantear temas que todavía, por entonces, la historiografía rehuía. Previamente, también, la había contactado telefónicamente para contarle cuál era mi tema de investigación y, claro, proponerle ser mi directora. El entusiasmo que había manifestado por el tema me sorprendió tanto como el hecho de que no me preguntó nada sobre mis, por entonces, escasos antecedentes. Cuando llegué al lugar del encuentro en el IIEGE, la esperé en una oficina donde escuché su voz acercándose por el pasillo. Lejos de la señora de mocasines, pollera tableada y camisa de seda que esperaba encontrar, apareció una mujer que parecía adoradora de Ra por el bronceado, ataviada con colores brillantes y collares rutilantes que jamás hubiera imaginado para una historiadora. Avanzaba preguntando por la muchachita de La Plata que seguramente ya la estaba esperando. Su imagen quedó prendida a ese carácter festivo y vivaz que tuvo su llegada. La reunión así fue, con momentos de urgencia por el entusiasmo que generaba el tema que me proponía estudiar. Sus indicaciones fueron precisas y con mucha enjundia: lecturas claves de

la teoría feminista que no podía dejar de hacer, bibliografía obligada de referencia, indicaciones sobre cómo encarar el planteo y plazos acordes para llegar a buen puerto con el proyecto. Así comenzó esta relación que mantenemos desde el año 2000.

Por esa razón, escribir una semblanza sobre ella me honra y, a la vez, me coloca frente al desafío de captar, en unas breves páginas, una trayectoria pública rica y multifacética sin dejar de lado aspectos sensibles de una figura de esta talla. Es claro que no me propongo una biografía objetiva, pues el afecto impregna mi mirada y la reconstrucción que ofrezco retoma, antes bien, su propio relato sobre sí. El texto que aquí presento surge del reconocimiento a su trabajo intelectual y, fundamentalmente, de lo que me ha conmovido al captar el enorme ser humano que es Dora Barrancos.

Su recorrido académico va unido

a los derroteros de una vida personal vivida sin ambages, plena de convicciones y avatares. Su infancia transcurrió en Jacinto Aráuz, en la provincia de La Pampa, en el seno de una familia constituida por un maestro socialista y una madre de religión valdense, de quienes la propia Dora sabe reconocer la herencia de sensibilidad por los desposeídos, la avidez por el conocimiento y la dedicación obstinada al trabajo sesudo. Así es, pues quienes la conocemos, sabemos que para ella, las ideas no surgen de ninguna genialidad o inspiración sino que vienen de las "ánforas etruscas" -por parafrasear a Cortázar-, de las horas sentadas en la silla de un archivo o en la computadora, del tiempo que nos demoramos en nuestras faenas. Su familia, integrada por figuras como su tía Leonilda -una destacada dirigente del Partido Socialista-, la acercó también a la política y a un universo académico que amplió su curiosidad y los ejercicios intelectuales. La década del 50 la encontró como maestra de escuela, militando en Socialismo de Vanguardia y transitando la facultad de Derecho. La pérdida de su padre no se demoró en el dolor que hoy mismo sigue emocionándola, sino en sostener a la familia al tiempo que incursionaba en la carrera de Sociología, recientemente creada, y de la que poco después se recibiría, siendo una de las que, con justicia y

ante tanto patriarca reconocido, podríamos considerar una de sus madres junto con figuras como Catalina Wainerman o Ruth Sautú.

A fines de los sesenta, junto a colegas como Pedro Krotsch, se acercó al peronismo de la mano de Rodolfo Puigross, integrándolo plenamente en los años setenta. Durante la dictadura, esa militancia la llevó al exilio con un aditamento penoso, pues, habida ausencia de patria postestad para las mujeres en Argentina, debió exilarse con su segunda (y actual) pareja y su hija más pequeña, dejando a sus dos hijas mayores que sólo meses después pudieron reunirse con ella, conseguida finalmente la autorización. Una vez más, los afanes de los días la colocaron en el trabajo enérgico en el área de salud en Belo Horizonte, Brasil, país de acogida que terminó por convertirse en su segunda patria y que fue donde comprendió y abrazó el feminismo al que en otros momentos había esquivado. Además, logró avanzar con su formación académica acercándose a la historia tanto en su formación de maestría como doctoral, aunque mostrando motivaciones e inquietudes alimentadas por las ciencias humanas y sociales en general que son, asimismo, una marca propia de su producción académica que, tras la vuelta a la Argentina en 1984, se encaminaron en el CEIL, institución de acogida y, luego, como investigadora de CONICET.

Su crecimiento profesional fue a la par de sus intervenciones institucionales tanto académicas como políticas que se mantuvieron, como antes, amalgamadas. En efecto, si lo relatado hasta aquí son apenas algunos de los hitos que marcaron su vida, no podemos desconocer las huellas que ella misma dejó en su trayectoria ¿Sería posible pensar la historia del anarquismo sin su tesis de maestría *Cultura, educación y tra-*

bajadores -1890-1930 sobre, hasta entonces, inexplorados aspectos de la cultura y educación libertarias? Y en esa misma línea, la historia del socialismo, ¿podría prescindir de su investigación sobre La Sociedad Luz, de las poderosas vigas que su trabajo La escena iluminada. *Ciencias para trabajadores. 1890- 1930* asentó para quienes a futuro abordarán esa temática? Sería imposible pensar una historia de las mujeres en Argentina sin sumergirse en el torbellino de Inclusión/Exclusión, historia con mujeres. Y si estos méritos académicos son insoslayables, no menos puede decirse de textos que, además, tienen la virtud de alcanzar un público que desborda la academia sin omitir la rigurosidad que allí se exige, tal el caso de *Mujeres, entre la casa y la plaza y Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Una parte de su producción, además, reúne a colegas que acerca y pone en diálogo además de que irrumpe con temáticas espinosas, como hiciera con *Historia y Género* y tal como sucede con *Moralidades y comportamientos sexuales. Argentina (1880-2011)*.

Estos productos del acervo académico se consolidaron con su decidido ímpetu como directora del Instituto Interdisciplinario de Género, como directora de la Maestría en Ciencias Sociales en Quilmes o como directora en representación de las ciencias sociales y humanas en CONICET. Allí mismo impulsó notables reformas en relación a la condición de maternidad que debe contemplarse para con las becarias, derecho antes no considerado y, asimismo, incidió en la resolución de casos vinculados a la identidad de género. Esta impronta forma un río caudaloso en el que se vierten, también, sus intervenciones como legisladora en la Ciudad de Buenos Aires entre los años 1997-2000 por el Frente Grande, coalición a la que

se sumó tras dimitir del peronismo a su retorno de Brasil. Allí intervino en leyes como la de Ciencia y Técnica de esa ciudad, el Programa Casas Abiertas para jóvenes en riesgo y Observatorio Ocupacional, la Resolución para erradicar homofobia en la educación, y fue una tenaz opositora de los códigos contravencionales que se utilizaban para perseguir el ejercicio de la prostitución.

En ese río caudaloso corremos como pequeñas gotas de lluvia sus discípulas, beneficiarias de su don de gentes, de su ingenio e imaginación conceptual y tenemos la obligación de alimentar el caudal con la generosidad que ella nos prodigó y nos prodiga. Se encuentra, también, el enorme raudal de estudiantes que se formaron con ella y las personas que la acompañan en la cotidiana tarea que aún hoy, afanosamente, realiza como investigadora jubilada.

Es difícil encontrar una figura crítica de las políticas del neoliberalismo más convencidas que ella pero, incluso el más opositor, cede ante sus giros humorísticos, una forma radiante de resolver muchas de las encarnizadas querellas en las que se encuentra en los últimos años. Es una debatidora incansable, lo sabemos quienes gustamos discutir con ella de todo. Pero si bien a Dora le gusta ganar sus batallas, más le gusta la gimnasia del debate y, sin duda, el tercer tiempo que, como en el rugby, resitúa en la camaradería.

Es difícil calibrar en un texto su magnetismo, el afecto que irradia en su enorme sensibilidad para captar a quienes la rodeamos, su desbordante generosidad amorosa e intelectual, sus ingeniosas maneras de potenciar capacidades que desconocemos que tenemos y los modos que ayudan a moderar nuestras autoexigencias fatuas en nombre de la alegría del trabajo.

Sin duda, el enorme cúmulo de premios que recientemente ha recibido por su trayectoria -como el KONEX, CLACSO, de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires- son un reconocimiento que la regocija por el deber cumplido, pero es el amor de su familia y amigos reunida en la casa los sábados o los domingos lo que la sostiene y fortalece su optimismo irredento de que algo puede y debe hacerse, es ese amor lo que logra entusiasmarla para levantarse "con la fresca" y enfrentar las adversidades con la misma energía con la

que intensamente vive la vida.

Como ella misma afirma en el texto que la revista exhibe: "Y por cierto hay una buena regla epistemológica que no deberíamos olvidar y que enarbó un querido profesor mineiro, Neidson Rodriguez cuando sostuvo que el camino del conocimiento científico va del saber al no saber... He ahí el mayor estímulo para seguir interrogando. Finalmente, hay otra regla fundamental del conocimiento que no aparece en los dispositivos de los procesos forma-

tivos destinado a las aptitudes para investigar, y se trata de la pasión. No reconozco la posibilidad de un solo movimiento intelectual sin acompañamiento emocional, y es particularmente inexorable tratándose de la disciplina histórica. Las preguntas son en realidad vibraciones, movimientos de estado, que conducen a vertederos que desentrañamos poniendo a raya los sentimientos, pero estos jamás desaparecen. Una historia sin pasiones es equivalente a abjurar de la condición humana".